

## ENSAYO

### ORDEN ANÁRQUICO Y PROYECTO LIBERAL DE SOCIEDAD GLOBAL EN EL PENSAMIENTO DE RAYMOND ARON

Oscar Godoy\*

El autor revisa las ideas de Raymond Aron, filósofo, sociólogo y cientista social francés, acerca de la anarquía violenta del sistema de relaciones internacionales contemporáneas. Aron, según el autor, no solamente pensó que en esa anarquía existía un orden "real", impuesto por el "tabú atómico", sino también la posibilidad de crear un nuevo orden, supra-estatal y pacífico, sobre el supuesto de una profundización de la democracia pluralista. Aron, para llegar a esa conclusión, hizo una aguda crítica de los proyectos racionalistas para establecer una sociedad planetaria; proyectos que emergen de un optimismo desmesurado en las posibilidades de anticipar y planificar el porvenir del hombre. Las ideas de Aron, señala el autor, se inscriben en la misma tendencia liberal caracterizada por F. A. Hayek y L. von Mises, entre otros.

#### **Introducción**

La obra de Raymond Aron, recientemente fallecido, testimonia un persistente interés por el porvenir de la sociedad contemporánea. Desde temprana edad esta preocupación, intelectual y política, estuvo enlazada con una cierta visión de la historia, cuyos caracteres fundamentales nuestro autor quiso analizar y describir, en sucesivos asedios, a lo largo de cincuenta años. Con la excepción de su *Introduction a la philosophie de l'histoire*, cuyo contenido parcialmente fenomenológico arranca de una experiencia académica, sus escritos sobre este tema fueron provocados —y quizás allí radiquen

\* Profesor del Instituto de Ciencia Política de la Universidad Católica de Chile; Doctor en Filosofía, Universidad de Madrid, España.

sus posibles flaquezas— por la polémica entablada alrededor del destino de Occidente y los nuevos horizontes que se avizoran para la constitución de una sociedad planetaria.

Aron fue un hombre de paradojas. Su producción intelectual trasunta esa suave ironía que es propia de los espíritus escépticos. Sin embargo, su escepticismo siempre guardó un límite, que no podía trasgredirse a riesgo de invadir ese dominio, reservado y prodigioso, constituido por la esencia del hombre, su personalidad y las libertades reales que posibilitan su despliegue y plenitud. La paradoja, en Aron, es un modo de apartarse y hacer la crítica de la opinión ilustrada prevaleciente en la Francia de la post-guerra. Aron buscó siempre el contraste, contra la corriente, entre las astucias de la inteligencia parisina y la realidad de un mundo inasible para las pretensiones deterministas de la razón. De ahí su marginalidad, simbolizada en la insolente frase que corría por el París de los años 50: "mejor equivocarse con Sartre, que tener la razón con Aron".

Tengo la impresión de que el tema que intento desarrollar expresa una paradoja típicamente aroniana: la gran empresa de la humanidad es construir el porvenir, un porvenir incierto e incognoscible. Probablemente, a más de alguien le parezca que en esta aseercción no hay paradoja alguna. No ha pensado así gran parte de la "intelligentsia" occidental moderna y contemporánea, para la cual el mundo se encamina, siguiendo un riguroso determinismo, hacia un nuevo y promisor estadio, ya previsto y al alcance de la razón. Aron se constituyó en piedra de escándalo cuando expuso esa triunfante ilusión a su devastador espíritu crítico, especialmente agudo para escrutar las incoherencias no ya de sus antagonistas, sino de los sistemas ideológicos que les servía de manto protector.

Aron se sirvió de la idea de "estado de naturaleza", ampliamente difundida a partir del siglo XVII, para describir una situación similar, pero ahora real, en la esfera de las relaciones entre las naciones. Esta tesis, sobre el "orden anárquico" internacional, es el marco concebido por Aron para proponer un proyecto liberal de sociedad global. A partir suyo, además, nuestro autor establece las bases de una opción para la acción política a nivel de la sociedad contemporánea. Por ello, como se verá, la referencia a la reflexión de Aron sobre la historia es ineludible. Creo que esos son los temas mayores del presente ensayo.

### El Orden Anárquico

El "estado de naturaleza", a diferencia del "estado social", o simplemente de la situación del hombre en sociedad, "excluye una autoridad suprema, un tribunal encargado de dar veredictos, una policía autorizada para hacerlos cumplir; en consecuencia, cada hombre es responsable de su propia seguridad, libre en sus decisiones,

incluyendo la decisión de tomar las armas".<sup>1</sup> Esta idea puede imputarse tanto a Hobbes como a Locke,<sup>2</sup> olvidando matices; pero éste es un asunto que a Aron no le preocupa, porque su interés está focalizado en la distinción entre ambos estados, más allá de la perversidad o bondad del hombre natural diseñado por los dos filósofos ingleses. Para Aron es mucho más relevante poder concebir, en términos condicionales, un estado de anarquía "si" no existiese un principio (arjé) soberano, cuyo imperio sobre los individuos garantice un orden social. Poco importa si cada cual, en esa hipotética condición, se comporte como lobo de su prójimo (Hobbes), o siga impulsos naturales de justicia (Locke), sino el hecho de que, en ausencia de una autoridad superior, los individuos deben velar por su seguridad y conservación con sus propias fuerzas.

#### a Anarquía del Sistema Internacional

Aron aplica la idea de "estado de naturaleza" para interpretar las relaciones entre las naciones. Toma como punto de partida el protagonismo de los estados nacionales en el escenario internacional. Los estados (cuyo número puede contabilizarse por la nómina de miembros de las Naciones Unidas) son los actores de las relaciones ya nombradas, que, por lo mismo, son más bien inter-estatales. Ellas, a pesar del derecho internacional y de las Naciones Unidas y otros organismos regionales, no se rigen por un "principio" único de autoridad; cada cual decide sus propios destinos, siguiendo una conducta semejante a la del hombre en "estado de naturaleza".

La argumentación hobbesiana y lockeana apunta a la legitimación de una "transferencia" de poder. En efecto, se trata de traspasar el poder o fuerza de cada cual (individual) para concentrarlo en un solo ente, que puede llamarse soberano, sociedad o pueblo, y que entraña la constitución de un "principio" único de orden, cuya función es el bien de la comunidad.

No debe olvidarse, asimismo, que las monarquías europeas destruyeron el orden feudal, con el propósito de realizar la "unidad nacional". Este proceso produjo, de "facto", una gran concentración del poder en el estado. Mejor aún, allí se inició una acumulación que no parece haber terminado, como lo demuestran las experiencias totalitarias de nuestro siglo. Este fenómeno no sólo exigió el monopolio de la fuerza para mantener la paz y la seguridad de los ciudadanos, sino también para la defensa de la nación misma. Sin embargo, apunta Aron, esa fuerza no sólo ha servido esos intereses, también ha sido un instrumento para la conquista, la expansión territorial y la servidumbre de unos pueblos sobre otros. En la reali-

1 Aron, Raymond; *Progreso y Desilusión*, Monte Avila, C. A.; 1969; p. 245.

2 Hobbes, *Leviatán*, I, cap. XIII; Locke, *Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil*, cap. III-IX.

dad. los estados actúan dentro de los límites permitidos por su propio poder y el de los demás, dándole a la guerra un carácter endémico. No puede comprenderse el actual sistema internacional sin considerar a la guerra como parte integrante del mismo. Nos dice Aron: "las condiciones de la organización política de la humanidad, constantes a través de toda la historia, bastan para explicar la precariedad de la paz y la frecuencia de las guerras".<sup>3</sup>

Nuestro autor sostiene que aquello acontece justamente porque no se ha producido una "transferencia" de poder similar al descrito más arriba. El sistema internacional no ha traspasado las fronteras del "estado de naturaleza". El primado de la violencia es prueba suficiente, cree Aron, para demostrar su afirmación: "El orden Inter-estatal ha sido siempre anárquico y oligárquico; anárquico debido a la ausencia de un monopolio legítimo de la violencia, y oligárquico (o jerárquico) en el sentido de que, sin una sociedad civil, los derechos dependen ampliamente de la fuerza".<sup>4</sup>

Los estados soberanos, únicos actores válidos y relevantes del sistema internacional,<sup>5</sup> ¿admitirán algún día la necesidad de realizar una transferencia de poder semejante a aquella que funda su propio y actual poder? Aron no cree que esto pueda acontecer en un futuro inmediato. En sus escritos de los años sesenta deja entrever un cierto optimismo, motivado por las primeras realizaciones de las Comunidades Europeas. Pero la verdad es que Aron no confiaba en los mecanismos institucionales que podían emerger del actual estado de cosas. Concuere da con Lord Russel, que concedía un men guado plazo para elegir entre un estado mundial o la aniquilación de la humanidad, pero no creía que se diesen las condiciones adecuadas para optar entre uno de los dos términos de tan trascendental dilema. Para Aron, la transición desde "varias" soberanías a una sola no es hoy realizable. Ese cambio, cuando acaezca, será "una mutación de la historia misma y no una mutación dentro de la historia".<sup>6</sup> Si llega a ocurrir, el "paso" de las soberanías nacionales a un estado mundial diferirá "esencialmente" de la transición del estado (o ciudad estado) al imperio.

En el contexto del devenir histórico actual, los nacionalismos definen la conducta básica de los estados. Con el término "nacionalismo", Aron quiere significar "la voluntad de colectividades políti-

3 Aron, Raymond; op. cit.; p. 246.

4 Aron, Raymond; op. cit.; p. 270.

5 Aron comenta que escribe como si las Naciones Unidas no existieran. En realidad, su posición respecto de esta organización es muy crítica. En un texto señala que se limita, cuando toca el tema, "a la afirmación, a mis ojos evidente, de que las N. U. no habían ejercido una influencia fundamental sobre el desarrollo de las relaciones internacionales". Cita de *Paz y Guerra entre las Naciones*; Revista de Occidente, Madrid, 1963; p. 825.

6 Aron, Raymond; *Progreso y Desilusión*, Monte Avila, C. A., 1969; p. 248.

camente organizadas, establecidas en un territorio y sometidas a un estado, de mantener frente a otras colectividades similares una libertad teórica total o, al menos, semejante a la de las otras".<sup>7</sup> Esta voluntad es el obstáculo mayor a la constitución de un estado mundial (pero, como se verá más adelante, es un obstáculo válido y legítimo mientras se den ciertas condiciones, aún presentes en la realidad). Si, como supone Aron, la historia hoy se nutre de la acción inter-estatal, desde ella sólo puede emerger un estado mundial bajo la forma de imperio. O sea, en un contexto inter-estatal es aceptable la hipótesis de un estado-nación con vocación universal y con el poder adecuado para someter al mundo bajo una autoridad global. En este caso, solamente se proseguiría la dialéctica del proceso histórico en curso, que aún mantiene al sistema internacional en "estado de naturaleza". El estado mundial surgido de ese proceso no podría ser sino un imperio, producto de la conquista y la dominación del mundo por un estado-nación con un destino universal manifiesto.

Muchos estiman que la ciencia, la tecnología y la economía contemporánea han producido una mutación histórica esencial. Aron disiente. Acepta el hecho de que sus efectos son "planetarios", y permiten decir que la sociedad se ha "globalizado". Sin embargo, ese fenómeno, que ha estimulado la imaginación de tanto analista social, no se ha reflejado en un cambio substancial de la conducta de los estados, ni hacia su propio interior ni menos en el ámbito de sus relaciones con el resto de la comunidad internacional. Y aun cuando los hombres se han aproximado, cuestionando fronteras y diferencias, los "estadistas se aferran a la soberanía".<sup>8</sup> En definitiva, los "estados actúan en el escenario histórico como individuos que se niegan a someterse a un señor y no saben cómo someterse a una ley común".<sup>9</sup>

En las actuales circunstancias, un Estado mundial bajo la forma de Imperio, no solamente tendría que crearse por la fuerza, además habría de preservar su existencia por el mismo medio: sólo podría sobrevivir mediante el monopolio efectivo de la violencia. Se puede especular y aceptar que un estado imperio, por el mero transcurso del tiempo, legitime su autoridad por el ejercicio sostenido del poder. Así, a fin de cuentas, los ex estados nacionales terminarían por transferirle una cuota importante de su antigua autonomía, independencia y soberanía. Aron rechaza esta hipótesis. No sólo en el plano moral, porque recusa los medios que habrían de usarse, o sea, la violencia, la fuerza, la coacción, etc. También porque cree que el papel protagónico de la historia del porvenir "no" le debe corresponder al estado nacional, ni menos a su maximalismo, el imperio universal.

7 Aron, Raymond; op. cit.; p. 248.

8 Aron, Raymond; op. cit.; p. 248.

9 Aron, Raymond; op. cit.; p. 248.

En síntesis, para Aron, el "imperio" no es sino la extensión, a todo el orbe, de la dominación de un Estado nacional con vocación universal. La realización de la idea de Imperio supone que un Estado (o bloque) "ha eliminado del mundo a sus rivales y estabilizado su victoria al integrar a los vencidos dentro de orden garantizado por el monopolio de la violencia".<sup>10</sup> Aron agrega gravemente, "en nuestra época, esta hipótesis equivale a la derrota o a la capitulación de los occidentales".<sup>11</sup>

#### b Orden del Sistema Internacional

El orden internacional es anárquico, en el sentido ya descrito. Pero, postula Aron, también es o tiene un orden. La anarquía está referida, como lo señala la palabra misma ("a", sin; "arjé", principio), a la carencia de una ley constitucional única para regir a la sociedad global. Algunas personas pueden entender que cuando Aron afirma que en esa anarquía existe un "cierto" orden, se está refiriendo a la existencia del derecho internacional. No es así, ciertamente no desconoce la vigencia de una institucionalidad jurídica internacional, e incluso le ha dedicado innumerables páginas de su obra (véase: *Paz y Guerra entre las Naciones*, especialmente el capítulo XXIII de la cuarta parte). Pero, en definitiva, el politólogo francés postula la "anterioridad" de ciertos "hechos reales" a la práctica de un endeble andamiaje jurídico internacional. Siempre consistente con su visión realista del "ordo mundis" imperante, nuestro autor postula que ese orden descansa sobre la facticidad de la concentración de poder termonuclear en Estados Unidos y la Unión Soviética.

Aron es un crítico acervo de las deficiencias del derecho internacional —no desconoce sus logros, pero los reduce a avances en el interior de la política de poder de los estados— y le asigna una función ordenadora sustantiva al "hecho nuclear". Piensa que este hecho le propone, efectivamente, al hombre contemporáneo, el límite infranqueable de su propia violencia; en efecto, hoy día existe la posibilidad real de que la humanidad se autodestruya. La toma de conciencia de este "factum" es extremadamente intensa y potente, porque pone en entredicho la legitimidad de la política de poder de los estados y, en consecuencia, a todo el edificio jurídico internacional construido alrededor suyo. Si el hombre no poseyese el arma atómica, ¿no es acaso verosímil que las grandes potencias hubiesen dirimido sus conflictos en una tercera ronda bélica, con armas convencionales, claro está? Aron se plantea esa hipótesis, y cree que, a pesar de los millones de muertos y del costo fabuloso implicado en esta aventura, Occidente no se habría privado de ella. La cercanía

10 Aron, Raymond; *Paz y Guerra entre las Naciones*; Revista de Occidente, Madrid, 1963; p. 880.

11 Aron, Raymond; op. cit.; p. 880.

de un holocausto global ha actuado como freno. Las dos superpotencias —duopolistas nucleares— "advirtieron que su interés común era no dejarse involucrar en una guerra de aniquilación; o sea, entendieron que nada de lo que estaba en juego en sus conflictos valía la pena de una guerra termonuclear".<sup>12</sup>

El arma nuclear ha difuminado la distinción entre la guerra y la paz. Hoy, dice Aron, "la paz es belicosa", porque siendo posible solamente un uso limitado de la fuerza militar, el mundo mantiene una guerra convencional permanente.<sup>13</sup> Hobbes pensó que una de las razones que inducen al hombre a alejarse del "estado de naturaleza" es el miedo (miedo al otro, miedo recíproco), al cual define como "la nuda aprehensión y previsión de un mal futuro".<sup>14</sup> Vencer al miedo es destruir al otro, a aquel que puede causarme mal, o bien, y por una superior consideración de la razón, crear por mutuo consentimiento un orden pacífico.<sup>15</sup> Aron parece creer que el miedo a un conflicto terminal puede ser el inicio de una conversión de la humanidad a un estado universal. En todo caso, sin duda alguna, sostiene que ese miedo es un principio de orden en la anarquía vigente en las relaciones interestatales.

La diseminación nuclear —que no afecta, por el momento, al duopolio atómico— no viene sino a reforzar la argumentación anterior, al poner en evidencia la proximidad de una escalada suicida. En el fondo, tal proliferación contribuye a configurar en el espíritu del hombre un nuevo "tabú", el "tabú nuclear". La tendencia de la humanidad es a la conservación de su propia existencia; sobre este impulso primario reposa la intangibilidad de ese tabú.

El "orden anárquico", en síntesis, nos deja en el umbral de una opción trascendental para el porvenir de la humanidad. El desafío consiste en transitar hacia una nueva historia, dentro de la cual se constituya una "sociedad civil planetaria", un estado mundial no imperial.

## Historia, Porvenir y Política

La historia, según Aron, nos dice muy poco sobre el futuro. Su mirada más lúcida esta vuelta hacia el pasado. Apenas si acepta que hay historia "magistra vitae" (maestra de la vida), pero no hay ciclos que se repitan, ni leyes conocidas que le den una articulación meta-histórica al tiempo. A pesar de todo lo anterior, la historia "sitúa" el presente, y con ello abre un espacio de acción política efi-

12 Aron, Raymond; *Progreso y Desilusión*; Monte Avila, C. A., 1969; pp. 255-256.

13 Aron, Raymond; op. cit.; p. 259.

14 Hobbes; De Cive; *Publications de La Sorbonne*, E. Sirey, París, 1981; Section I, cap. 1, p. 81.

15 Hobbes; op. cit.; p. 81.

caz. La "praxis" política se realiza "desde" ciertos datos, cuyo conocimiento es la condición necesaria para excederlos y sobreexcederlos, en el proceso de creación del futuro.

La reflexión de Aron sobre la historia siempre culmina en un llamado a "hacer" un futuro incierto, indeterminado e incognoscible. Supone a la historia como la nuda realidad social en estado de cambio (su carácter de proceso), y desde allí elabora, por lo menos, tres argumentos. Por una parte, distingue entre el conocimiento científico de ese proceso y su "toma de conciencia" por los individuos y la sociedad. Por otra, hace una crítica, profunda y extensa, a eso que se ha denominado el "sentido" de la historia (incluso dedica gran parte de su obra al análisis de distintas "visiones" de la historia; aquí, por razones obvias, no corresponde descender a ese nivel de especificidad). Ninguna de estas vías, como veremos enseguida, ilumina suficientemente el futuro en cuanto tal, como algunos pretenden; iluminan sí, al presente y al pasado, o sea, al momento inmediatamente precedente al futuro.

Cuando Aron se explaya sobre el conocimiento histórico, distingue entre "espíritu objetivado" y "espíritu objetivo". Llama "espíritu objetivado" a todas las realidades (cosas de la naturaleza) intervenidas por el hombre: "libros impresos, piedras talladas, telas pintadas"<sup>16</sup>; y reserva el término "espíritu objetivo" para designar a las representaciones colectivas, a las expresiones "jurídicas, filosóficas, religiosas, etc." de una sociedad.<sup>17</sup> Es posible, en consecuencia, un doble conocimiento del pasado: uno que recaería "sobre el espíritu inscrito en la materia y otro sobre la conciencia de una persona y un grupo, accesible a través de objetivaciones".<sup>18</sup> Si dejamos a un lado la estructura interna de estas dos vías epistemológicas, y nos atenemos a sus resultados, concluimos que solamente podemos, conseguir una recreación parcial y fragmentaria del pasado. Ambas resultan inermes para darnos conocimientos causales sobre los eventos históricos y establecer leyes universalmente válidas para el tiempo, y aplicables, en suma, al porvenir. Aron acepta que el historiador, cuando practica su saber, sobrepasa ese carácter múltiple y atomizado, propio del "espíritu objetivo", y puede llegar a aprehender una cierta unidad y continuidad del devenir histórico. Pero, en definitiva, lo que descubre es "la identidad formal de la razón",<sup>19</sup> del sujeto histórico, que no es sino el hombre. No es poco. Pero, como comprenderá el lector, es insuficiente para aquellos que aspiran a descubrir "leyes" o "regularidades" que nos den la clave de "todo" tiempo histórico. La "identidad formal de la razón" es el solo pará-

16 Aron, Raymond; *Introduction a la Philosophie de l'Histoire*; Gallimard, París, 1981; p. 90.

17 Aron, Raymond; op. cit.; p. 90.

18 Aron, Raymond; op. cit.; p. 91.

19 Aron, Raymond; op. cit.; p. 400.



metro, hito, que permite explicar "las contradicciones entre los modelos de vida y los "ethos"; proposiciones que mantienen a la vez la unidad y la realidad de la historia".<sup>20</sup>

Por otra parte, como vimos, Aron habla de la "toma de conciencia" de la historia. Este modo de aprehender el proceso histórico difiere del conocimiento, al cual se dedica el párrafo anterior, porque a través suyo solamente se nos entrega un "reconocimiento" espontáneo del pasado histórico, y no una "reconstitución" científica del mismo. Decimos que un individuo, un grupo o una sociedad tienen "conciencia histórica" cuando poseen el pasado, "reconociéndolo como propio".<sup>21</sup> Gracias a ella, nos dice Aron, las colectividades saben lo que "significan para ella humanidad, civilización, nación, el pasado, el porvenir, los cambios a que se hallan sujeta, a través del tiempo, las obras y las ciudades".<sup>22</sup> Pero, además, esa conciencia también comporta la percepción, más o menos clara, de una pertenencia a una pluralidad de culturas y de épocas. Pluralismo sorprendente, pero real. Piénsese en el término "cultura occidental" y podrá advertirse que ella connota "varias" culturas (griega, romana, judía, cristiana) y distintas épocas (lo cual permite a los historiadores disputar sobre el mejor modo de dividirla y delimitar sus períodos).

La "conciencia histórica" de la sociedad occidental, que es la nuestra, además de hacernos patente la pertenencia a un "todo" cuyas fuentes, generatrices y nutricias, son plurales, también nos revela otro factor, que conviene mencionar. Aron sostiene que el hombre occidental ha vivido, y difundido en el planeta, la "dialéctica entre la tradición y la libertad".<sup>23</sup> La conciencia de esta dialéctica se expresa en el juego, establecido por la civilización occidental, entre el pasado, asumido como tal (tradición), y la voluntad práctica de liberarse e ir más allá del mismo (libertad). De esta voluntad surge el modo occidental de conocer al pasado, que, en un sentido negativo, consiste en no haberlo fijado, sacralizándolo en fórmulas rituales e inmutables. Allí encuentra también su origen la creación de la ciencia y la tecnología, tal cual la ha diseminado el Occidente por todo el mundo. Me parece que Aron, con estas reflexiones, desea dramatizar el impulso occidental por transformar y humanizar la realidad, justamente por intermedio del saber.

Finalmente, a Aron también le preocupa, y mucho, el tema del "sentido" de la historia. "Sentido", en este contexto, puede significar, y significa así para muchos, una manera de prever el futuro humano, conociendo de antemano la forma, que determinados acto-

20 Aron, Raymond: op. cit.; p. 101.

21 Aron, Raymond; *Dimensiones de la Conciencia Histórica*; Tecnos, Madrid, 1962; p. 13.

22 Aron, Raymond; op. cit.; p. 72.

23 Aron, Raymond; op. cit.; p. 71.

res, le darán a la realidad social. En esta perspectiva, si se utiliza el "sentido de la historia" para mirar hacia el pasado, se dirá que tales eventos se explican porque realizaron un "fin", el cual "aparece retrospectivamente como el objetivo al cual tendían, consciente o inconscientemente, los actores de este drama secular".<sup>24</sup> Aron no considera epistemológicamente posible encontrar un "sentido" a la historia. Siempre la capacidad previsorá será parcial y relativa. Si bien la ciencia histórica establece nexos causales, ellos son insuficientes, porque son "entre hechos aislados, desgajados de su contexto, no entre unidades globales". Y agrega, "en materia de historia los vínculos causales que se llegan a establecer entre hechos aislados son la mayor parte de las veces inciertos, equívocos, por múltiples razones: porque los hechos se hallan imperfectamente definidos, porque las series no son nunca enteramente aislables, porque fenómenos exteriores pueden modificar, desviar o paralizar el curso previsto de los acontecimientos".<sup>25</sup> La obra de Aron es pródiga en la aplicación de esta crítica a la posibilidad de descubrir un "sentido" a la historia; creo que sus trabajos sobre el marxismo, como teoría sobre el porvenir de la sociedad post-capitalista, son una buena muestra de su intensa preocupación por este tópico.<sup>26</sup>

Quizá la significación aroniana más aceptable del "sentido de la historia" se desprenda de la dialéctica entre la tradición y la libertad. En efecto, nos dice, "querer que la historia tenga un sentido es invitar al hombre a dominar su naturaleza y a hacer razonable el orden de la vida en común".<sup>27</sup> Tal afirmación nos reenvía al tema central de este ensayo.

### El Proyecto Liberal de Sociedad Global

No hay, en suma, determinismo histórico, y, por otra parte, el mundo Inter-estatal se encuentra en "estado de naturaleza". Aron, ya lo vimos, sostiene que la constitución de un imperio no puede reflejar a la esencia del hombre. No sólo porque esa salida implica el uso de la fuerza y la violencia, sino por algo más profundo: ese proyecto político es irrealizable porque la misma violencia ha reconocido unos límites intangibles (tabú atómico), y la fuerza convencional no es capaz de someter a la humanidad. Además, ese proyecto vano surge de una historicidad en crisis, aquella que protagonizan agonalmente los estados. El gran desafío es salir hacia una nueva historicidad, cuyo quicio no puede ser otro sino el modo occidental de transformar el mundo, fundado en la libertad. Mientras la voluntad

24 Aron, Raymond; op. cit.; p. 28.

25 Aron, Raymond; op. cit.; p. 33.

26 Sobre este tema pueden consultarse *Opium des intellectuels, Marxismes imaginaires y Democratie et Totalitarisme*.

27 Aron, Raymond; op. cit.; p. 39.

política del hombre occidental no se mueva en esa dirección, el horizonte seguirá enclaustrado en opciones vacías o monstruosas, tales como "mejor rojo que muerto" y otras semejantes.

Después de todo lo expuesto, ¿qué ocurre con Estados Unidos? La pregunta es pertinente, y Aron se ha preocupado con singular latitud del país del Norte, especialmente en su libro *Lo République impériale. Les Etats-Unis dans le monde (1945-1972)*. Sus estudios demuestran que esta nación ha venido a salir de su tradicional "aislacionismo" —cuidadosamente analizado en el siglo XIX por Alexis de Tocqueville— solamente en la década de los cuarenta. Esta salida, para cumplir pesadas tareas anexas a su enorme poderío económico y militar, es coyuntural. Aron estimaba en los años sesenta que Estados Unidos había iniciado un repliegue sobre sí mismo. La balanza política, sostenía en aquel entonces, lo inclina o a asentarse del escenario internacional o, al menos, a invitar a sus aliados a asumir mayores responsabilidades, en sus esferas de influencia natural. Tal repliegue es una demostración clara de una carencia de vocación imperial. Pareciera que Estados Unidos está ansioso por terminar con una tarea limitada, aunque importante para Occidente, que Kennan, citado por Aron, resume así: la "contención del comunismo", empresa que debe durar hasta "el día en que el poder soviético resulte quebrado por sus contradicciones y suavizado por el desgaste del tiempo".<sup>28</sup> Aron expresa su pensamiento en el siguiente texto, que prefiero reproducir integralmente, a pesar de su extensión: "ninguna fórmula surgida de la experiencia histórica —ni las zonas de influencia ni el equilibrio de poderes— se aplica tal como la conocemos al sistema en que el Presidente Nixon va a insertar a la república estadounidense, pues la doble fragmentación, horizontal (o geográfica: la de los subsistemas recortados en el mapa-mundi) y vertical (la de las relaciones militares, políticas, comerciales e ideológicas), más la jungla de los monstruos fríos, la formación de un sistema económico transnacional, el contraste entre la riqueza de unos pocos y la pobreza de la mayoría, el cuestionamiento que los ricos hacen del camino que los ha llevado a la riqueza y sus desilusiones, mientras que los pobres no renuncian a seguir análogo camino, está creando un mundo de complejidad sin precedentes. Los Estados Unidos no ejercerán ya sino una influencia reducida en comparación con la que han ejercido en los últimos 25 años. . .".<sup>29</sup>

El optimismo de Aron es, otra vez, paradójal. En realidad, en la trama tejida por la anarquía de las relaciones internacionales y la consciencia del hombre de que su constitutiva violencia tiene un techo, aquel de su extinción, Estados Unidos tiene una función principal. Ella es difícil de conceptualizar, quizá por su ambigüedad. En

28 Aron, Raymond; *La República Imperial*: Alianza Editorial, Madrid, 1976; p. 361.

29 Aron, Raymond; op. cit.; p. 361.

efecto, este país es uno de los duopolistas nucleares, y, en consecuencia, representa una de las dos fuentes que potencialmente pueden aniquilar a la humanidad. Pero, también, en su voluntad no imperial y en la vitalidad de su democracia, ¿no hay acaso algo que rescatar para una sociedad global pacífica?

La acción política asume en el planteo de Aron una dimensión fundamental. La historia reposa sobre opciones y acciones humanas, o sea, sobre la libertad. Y, a su vez, el pasado histórico enmarca a la libertad y, por ende, a la "praxis" política por lo menos en tres sentidos:

- a jamás se retorna sobre lo ya adquirido (se restablece a la monarquía, pero no a los derechos feudales);
- b el futuro es incierto, y no siendo enteramente previsible es también un desafío al riesgo;
- c cada época impone condiciones a la creación política, y hoy, nos dice Aron, es menester "lucidez y fe, creer en una voluntad histórica sin creer ni en los mitos ni en las masas. Psicológicamente, humanamente, ningún grupo y ningún partido podría, en el orden moral, reivindicar un privilegio o una superioridad".<sup>30</sup>

El proyecto liberal aroniano, cuya meta es un orden planetario pacífico, montado a partir de un principio único, supone la aceptación voluntaria, por parte de la humanidad, de someterse a "las exigencias de la administración racional en lo que respecta a los problemas que afectan claramente a toda la humanidad",<sup>31</sup> como, por ejemplo, en todo lo que incumbe al medio ambiente. Sobre la economía y el progreso de las naciones, Aron sostiene que los problemas deberán afrontarse, según su alcance, "a diferentes niveles, global, continental, nacional o regional, por diferentes autoridades que cooperan entre sí y con competencia para hacerlo".<sup>32</sup> Este proyecto exige la realización de cuatro condiciones, que se enuncian a continuación:

- 1 Las soberanías nacionales deben transferir una parte de su poder político a una autoridad planetaria. Esta debe gobernar por medio de leyes ecuménicas, que, a su vez, contemplen mecanismos de control y balance de toda la estructura de poder.<sup>33</sup>

30 Aron, Raymond; *Introduction à la Philosophie de l'Histoire*, Gallimard, París, 1981; p. 415.

31 Aron, Raymond; *Progreso y Desilusión*; Monte Avila, C. A., 1969; p. 342.

32 Aron, Raymond; op. cit; p. 342.

33 A mi juicio, Aron considera la aplicación de una democracia pluralista a nivel de una sociedad global.

- 2 Las culturas deben disociarse de la "praxis política", con el propósito de descargar de contenido nacionalista a esta última. Las culturas han de convertirse en un asunto privado, como ocurre parcialmente en Estados Unidos, y no en el País Vasco, por ejemplo.
- 3 Las desigualdades económicas que hoy separan al norte del sur, o a los países industrializados del Tercer Mundo, deben desaparecer.
- 4 La nueva sociedad debe asegurar, a través de organizaciones político-sociales, que las ideologías con pretensiones de universalidad no accedan a las estructuras de gobierno.

En suma, nos dice Aron, "tendrían que quedar resueltos los eternos problemas de la política y la economía, del poder legítimo y la abundancia".<sup>34</sup> Como vemos, lo que Aron nos propone es un "proyecto político liberal" para crear una sociedad global pacífica. Esa es su opción, a la que nos invita a plegarnos.

Pero, nueva paradoja, mientras esa "agenda" no sea factible, el liberalismo mantiene vigente una "non agenda", que consiste en sostener que "mientras tanto" la humanidad ha de mantenerse bajo el alero del "orden anárquico" existente. Ese orden, cuyo umbral es el "tabú atómico", contradice a la agenda que acabamos de enunciar. Implica una sociedad internacional dividida "por la aspiración a la independencia nacional; debido a la desigualdad del desarrollo, debido a la prevalencia de un nacionalismo esencialmente particularista; y debido a las tensiones creadas por ideologías que sus seguidores tienen por universales".<sup>35</sup> En estas condiciones no es posible acabar con la pluralidad de Estados, ello equivaldría "a poner fin, en el plano político, a cierto tipo de historia, a adoptar una solución técnica".<sup>36</sup> En este texto hay que enfatizar la última parte de la frase, porque la primera forma parte de la agenda aroniana (positivamente dicho: pasar a otro nivel de la historia). El conflicto surge cuando se estima que las condiciones señaladas son realizables a través de una "solución técnica". Este es el punto crucial de la tesis de Aron, porque tal solución no existe. Su intención es romper con la tentación o la ilusión del "progreso", al modo como lo entendió el racionalismo del siglo XVII y lo sostiene el marxismo contemporáneo. Desea llamar nuestra atención para advertirnos que no hay recursos científicos y técnicos capaces de resolver, por sí solos, complejos problemas como el racismo, la aspiración de las naciones a la independencia total, o la asociación "cultura-forma política". La dialéctica de la universalidad, que parece mover los hilos de los avances del saber, no es sino otra astucia más de la razón. En reali-

34 Aron, Raymond; op. cit.; p. 342.

35 Aron, Raymond; op. cit.; p. 341.

36 Aron, Raymond; op. cit.; p. 350.

dad, nos dice Aron, ese saber nos puede procurar materiales "para realizar actos cuya configuración y cuyos resultados impredecibles son, en última instancia, irracionales, pese a la racionalidad parcial por la que cada uno se afana".<sup>37</sup>

Este círculo se cierra en la provisoriedad. Las ideas de Aron expuestas en *Democratie et totalitarisme* y *Playdoyer pour l'Europe decadente*, por ejemplo, nos señalan que Occidente tiene el deber de profundizar sus sistemas democráticos pluralistas, pues en ese proceso puede abrirse paso la espontánea construcción de las condiciones requeridas para una nueva sociedad global. El pensamiento aroniano, en definitiva, nos plantea la alternativa entre los proyectos de sociedad global, creados por las ilusiones de la razón, y, aquel del otro que habrá de surgir de la espontaneidad de la libertad.

37 Aron, Raymond; op. cit.; p. 357. En este punto hay una neta convergencia de Aron con F. A. Hayek y L. von Mises. De hecho, puede establecerse una serie de concordancias, que permiten confirmar la filiación de Aron a la misma tendencia liberal representada por los autores citados.